

II Domingo Pascua Domingo de la misericordia

Hechos de los apóstoles 5, 12-16; Apocalipsis, 9-1 la. 12-13. 17-19; Juan 20, 19-31

« Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo »

7 abril 2013 P. Carlos Padilla Esteban

**« Aceptar los errores nos libera. Asumir nuestra imperfección sana el alma herida.
Comprender que sólo la misericordia nos sostiene es el camino »**

No deja de doler en el alma cuando escuchamos a alguien decirnos a la cara que no cree en nuestro Dios, ni en nuestra Iglesia. Duele el alma al sentir el rechazo de ese Dios en el que creemos y nos da la vida. Pero no nos quedamos en la respuesta negativa. Vamos más allá. ¿Dónde dejaron de creer los que no creen? ¿En qué lugar, por qué razón, a partir de qué desencuentro surgió el rechazo? ¿Quién de nosotros los alejó de nuestra fe? Los hombres siguen a los testigos más que a los maestros. Tal vez hemos dejado de ser tan buenos testigos. El escándalo de los justos es conmovedor. Sus consecuencias inimaginables. Por eso no nos quedamos en ese «*no*» toscos e hirientes, en ese frío rechazo a un niño: «*No me gusta esa imagen. Dásela mejor a alguien a quien le guste*». Son palabras dichas con delicadeza, pero expresando un rechazo que nos duele. ¿Dónde está su origen? Dios respeta siempre la libertad del hombre. Resucita y no se aparece a todos para aclarar las dudas y evitar así las sospechas. No impone nunca su amor. La fe exige siempre un salto libre y audaz: «*Creer o no creer son dos opciones de fe, porque somos incapaces de demostrar que Dios existe o que no existe. Siempre será preferible lanzarse a no hacer nada, a quedarnos paralizados por el miedo a equivocarnos y a sufrir. Aunque el riesgo de equivocarse sea real, siempre valdrá la pena intentarlo*»¹. La fe exige de nosotros un salto de confianza y de abandono. Exige, eso sí, un encuentro previo con Cristo vivo, con su amor real y personal, en los hombres, en el propio corazón. Normalmente el que cree es porque se ha encontrado con Cristo en su vida. Y, normalmente, el que no cree, el que rechaza a Dios o rechaza a la Iglesia, es porque ha experimentado el rechazo de los que creen, y no ha visto en ellos reflejada la misericordia de Dios. Cristo se acercó en vida a los que creían y a los que estaban alejados. Siempre respetando su libertad. Sin imponer el seguimiento. Pero nosotros con frecuencia dejamos de lado la misericordia y queremos imponer la verdad. Vivimos catalogando a las personas. Los que creen y los que no creen; los progresistas o los más tradicionalistas. Los que piensan como nosotros y los diferentes. Los que nos aportan algo y los que no. Los buenos y los malos. Pero la vida no es así. No hay buenos ni malos. Todos llevamos en nuestro interior la semilla del pecado y la semilla de la virtud, del amor y del rencor. Podemos seguir un camino por un momento y luego tomar el equivocado. **Como los discípulos desanimados de Emaús. O el pobre Judas que no supo descifrar su camino.**

En esta octava de Pascua, en la que cada día hemos revivido la resurrección del Señor, Jesús se aparece resucitado a los que ama, a los tuyos, a aquellos que lo buscan con desesperación. Se aparece a las mujeres y ellas se llenan de alegría. «*Alegraos*», les dice. Estaban llenas de felicidad. Podían repetir en sus corazones las palabras del salmo que hoy rezamos: «*Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Digan los fieles*

¹ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 95

del Señor: eterna es su misericordia. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. Señor, danos la salvación; danos prosperidad. Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor; el Señor es Dios, él nos ilumina». Sal 117, 2-4. 22-24. 25-27. Las mujeres, llenas de gozo, se postran ante Cristo: «Se postraron ante Él y le abrazaron los pies». Me impresiona esa actitud de humildad y entrega. Pero, ¡cómo no hacerlo ante Jesús resucitado! Se postran a sus pies, pero tienen miedo. Su corazón está sobrecogido: «No tengáis miedo» Mt 28,8, les dice. Ellas se alegran pero temen. ¿Cómo se combina el miedo con la alegría? ¿No están acaso reflejados? El que está alegre no teme, el que teme no puede estar alegre. En ellas, no obstante, se juntan ambas actitudes. Se alegran, porque no esperaban el milagro, porque habían desconfiado y ahora, por fin, lo habían encontrado vivo. Y temen, con el temor ante aquello que no controlamos, que no es fácil de asimilar, que nos desborda. El temor ante ese Dios que siempre nos sorprende. Es el temor de María arrodillada ante el ángel. El temor de José al escuchar a Dios en sueños. El temor del hombre ante esa petición de Dios que nos supera. Dios ama primero, sale a nuestro encuentro. Le importamos más de lo que nos importa Él a nosotros. Nos mira con misericordia y nos busca. Nos quiere con locura. Tal vez, ante la voz de Cristo, ante su mirada llena de misericordia, dejamos de temer. Como las mujeres. Entonces podremos ser enviados como testigos de su amor resucitado. Como fueron enviadas ellas a los discípulos: «Que vayan a Galilea, allí me verán». Y ellas fueron llenas de alegría.

Jesús se aparece en varias ocasiones y no siempre es reconocido. María Magdalena lo busca en la tumba vacía y no lo encuentra. Conocía muy bien su rostro pero no lo reconoce al verlo vivo y lo confunde con el hortelano. ¿Dónde estaba Jesús? No lo reconoce al verlo y llora. Bajo esa apariencia humana y divina se desconcierta: «Mujer, ¿por qué lloras?» María, que lo amaba, no lo reconoce y llora: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y lo recogeré». María llora por no poder ver más a quien ama. Nosotros también lloramos. A veces con lágrimas que otros ven, otras con lágrimas ocultas que nadie ve. Lloramos por no tener lo que deseamos, por haber perdido, por poder perder, por nuestras ligaduras, por nuestros miedos, por no ver a Dios cara a cara, con ese rostro glorioso que anhelamos. Lloramos cuando no encontramos lo que amamos. Lloramos cuando nuestra vida está incompleta y sufrimos. Lloramos y a veces nadie nos pregunta como Jesús, con su misma ternura. Y nosotros lloramos en soledad. Y a nadie le importa. Pero a Jesús sí le importa, le importa cada una de nuestras lágrimas, cada lágrima que germina la tierra. ¡Cuánta gente vive hoy sufriendo sin poder compartir con nadie su dolor! ¿Por qué estamos llorando? A veces no nos paramos a pensar. ¿Cuál es nuestro dolor? Jesús nos mira y nos pregunta: «¿Por qué lloras?». Y nosotros levantamos la mirada, volvemos a ver la luz y la esperanza y explicamos la causa de nuestra pena. El dolor es menos doloroso cuando alguien nos acompaña. Alguien a quien le importamos. ¿A quién le preguntamos nosotros por su dolor? «¿Por qué lloras?» Debería ser esa pregunta hecha con humildad y sencillez, con ternura, como una caricia. Esa pregunta que abre siempre el corazón cerrado.

Jesús llama por su nombre a María: «María». Y ella lo reconoce: «¡Rabboni!», «¡Maestro!» Jn 20, 13. Tal vez reacciona como el mismo San Juan: «Al verlo, caí a sus pies como muerto. Él puso la mano derecha sobre mí y dijo: - No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo. Escribe, pues, lo que veas: lo que está sucediendo y lo que ha de suceder más tarde». Apocalipsis, 9-1 la. 12-13. 17-19. María ya no teme, se levanta, mira y escucha de nuevo. Decía Benjamín González Buelta: «Cuando me llamas por mi nombre ninguna otra criatura vuelve hacia ti su rostro en todo el universo». Sólo yo reconozco su voz y comprendo que me llama. Como María que lo descubre al escuchar su voz, su calidez. Lo reconoce al pronunciar su nombre. María cree que han robado el cuerpo y lo quiere recuperar. Para cuidarlo, para mostrarle su amor a un cuerpo muerto. Pero Jesús se revela ante sus ojos ciegos. Basta con escuchar su voz. ¿Qué necesitamos nosotros para reconocer sus pasos? Nos basta su voz para

encontrarlo. Nos basta con escuchar nuestro nombre, con tocar su amor expresado en una palabra. Un amor personal y sencillo que nos toca el corazón en el camino. Una llamada que basta para que comprendamos lo incomprendible. **En su voz descubrimos lo esencial:** «*¿Quién soy yo?*». **La voz de Jesús nos confronta con nuestra pequeñez.**

María comprende su misión, entiende quién es ella, descubre su propio rostro y quiere retener a quien tanto ama: «*Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Anda, ve a mis hermanos y diles: Subo al Padre mí y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro*». Se sabe elegida por misericordia y entiende la misión maravillosa que Dios tiene para ella. Se convierte en mensajera de la Buena nueva. Cristo ha vencido. Asume desaparecer para colocar a otros en el primer plano, para que luego sean otros los que brillen, como escuchamos en la primera lectura: «*Los apóstoles hacían muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Los fieles se reunían de común acuerdo en el pórtico de Salomón; los demás no se atrevían a juntárselas, aunque la gente se hacía lenguas de ellos; más aún, crecía el número de los creyentes, hombres y mujeres, que se adherían al Señor. La gente sacaba los enfermos a la calle, y los ponía en catres y camillas, para que, al pasar Pedro, su sombra, por lo menos, cayera sobre alguno. Mucha gente de los alrededores acudía a Jerusalén, llevando a enfermos y poseídos de espíritu inmundo, y todos se curaban*». Hechos de los apóstoles 5, 12-16. Ella asume su misión oscura, oculta entre las sombras, desaparece. Tiene, eso sí, la alegría en su corazón de haber sido la primera en ver a Jesús por la mañana y así luego acepta permanecer oculta. Una persona me comentaba: «*Me atraen las personas que intentan dejar paso al otro, poniéndole en primer lugar, olvidándose de sí mismos y de lo que ellos desean y sienten. Sirven la vida de los otros, descentrándose de ellos mismos, sin pedir, volcados en lo que el otro necesita, con la mirada purificada. Para Dios ellos sí estaban en primer lugar. Se sentían amados por lo que eran, y elegidos*». María se sabe profundamente amada por Jesús y acoge su misión, su ocultamiento en las sombras. Ella se sabe amada por el amado y agradece esos segundos de plenitud a su lado. **Previve el cielo en la tierra, acaricia a Cristo vivo antes de su partida al encuentro con su Padre. Ama y es amada en lo más profundo.**

Jesús se aparece hoy a los suyos y les entrega la paz. Los encuentra escondidos, con miedo. Atraviesa las puertas cerradas y les regala la paz: «*Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: - Paz a vosotros. Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: - Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: - Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos*». Las puertas cerradas son expresión de un miedo profundo. Los discípulos temen a los judíos y sus represalias. Temen por su vida. Es como si no hubieran entendido nada. No quieren morir, tienen un miedo que los paraliza. Es necesario reconocer nuestros miedos y dialogar con ellos: «*He aprendido a dialogar con mis miedos. He ido comprendiendo que sentir miedo no es sólo algo normal sino que es lo normal, y que el problema ante el miedo no es sentirlo sino dejarse paralizar por él. No suelo decirle a la gente «no tengas miedo» sino que se lance «a pesar del miedo»*»². Cuando no reconocemos nuestros miedos, nos quedamos paralizados. Los miedos y las dudas pueden sumirnos en la inacción, nos pueden paralizar e impedir nuestra misión. Decía Rafa Nadal: «*Las dudas no se superan, convives siempre con ellas. Lo que sí que puede hacer uno es dar lo máximo cada día, y esforzarse para hacer las cosas mejor día a día*». Nos falta fe para aprender a caminar con miedos y con dudas. Tendríamos que repetirnos una y otra vez: «*Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor*» Salmo 26. Y hacer nuestra la petición del Padre Pío: «*Jesús, dame y consérvame aquella fe viva que me haga crecer y actuar por solo tu amor*». Los discípulos todavía no creen en el resucitado, sólo ven el sepulcro vacío. No creen en el que trae la vida, porque lo han visto muerto y han perdido la esperanza. Les falta fe. **Han experimentado el abandono y tienen miedo. Su fe es débil, necesitan la paz de Dios.**

² Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 120

Pero ese primer día de la semana Tomás no estaba en el lugar adecuado, en el momento oportuno. Su ausencia es una tragedia: «*Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: - Hemos visto al Señor. Pero él les contestó: - Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.*» Tomás no ha estado presente cuando el Señor se había encontrado con los suyos. Surge la rabia y la incomprendición. Tomás se recrimina primero a sí mismo esa negligencia. ¿Por qué se había ido justo en ese momento? ¿Por qué había tenido miedo? Tomás, como nosotros muchas veces, no se perdona su error, su torpeza, su negligencia. Nosotros tampoco nos perdonamos fácilmente cuando nos confundimos, cuando no estamos en el lugar adecuado en el momento correcto, cuando caemos. En esos momentos de dolor y amargura nos recriminamos sin misericordia. No aceptamos haber fallado. ¿Qué pasaría por el corazón de Tomás? Tristeza, desazón, desesperanza, miedo. Jesús no había estado con él. Es como si no lo quisiera tanto como a los otros. Se compara con ellos. Se siente menos importante, menos valioso. Muchas veces en nuestro corazón nos comparamos con los demás. Lo hacemos cuando no nos creemos tan amados, tan especiales, tan únicos. Él es el único de los once que no había sido tomado en cuenta. Es como si a Jesús no le importara su vida. Y surge la actitud egoísta y mezquina. Tomás deja de creer. Ya no espera. No se perdona, no perdona a Jesús, no perdona a los otros discípulos y tampoco cree en ellos. Tomás no es perfecto y reconocer su imperfección no le resulta sencillo. No tenía que haber fallado, piensa en su corazón. Los errores se pagan y él estaba pagando el suyo. Nos pasa con frecuencia, no nos aceptamos en nuestra debilidad y en nuestras caídas. Las cosas cambian cuando podemos decir: «*Por primera vez me autoricé a no ser perfecto, me di permiso para cometer errores y empecé a aceptar que tenía derecho a equivocarme*»³. **Aceptar los errores nos libera. Asumir nuestra imperfección sana el alma herida. Comprender que sólo la misericordia nos sostiene es el camino.**

Pero Jesús ama mucho a Tomás y va a su encuentro: «*A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: - Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: - Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.*» Contestó Tomás: - ¡Señor Mío y Dios Mío! Jesús le dijo: - ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto». Juan 20, 19-31. Jesús vuelve por amor. Y Tomás, conmovido, puede tocar su herida. Se acerca al Señor temeroso, sobrecogido: « ¡Señor Mío y Dios Mío! ». Jesús mismo le ayuda a meter su dedo, su mano, en su costado abierto. Un amor inmenso. Tomás cree. Porque toca, cree. Porque cree, toca. Decía San Agustín: «*Todos los que creemos le tocamos. Si crees, le tocas. Si crees, tienes junto a ti a aquél en quien crees*». Tomás toca la herida de Jesús lleno de fe y asombro. Su sueño se hace realidad. Jesús, al mismo tiempo, toca la herida de Tomás y su vida cambia. Porque en nuestra propia herida Jesús se reconoce herido. Una persona rezaba: «*Mi herida me hace temblar, Señor, me duele y me da miedo. Ven, acerca tu dedo y mira mis manos rotas. Trae tu mano y métela hasta el fondo de mi corazón herido. Gracias porque me amas herido, porque has hecho de mi herida puerta entre nosotros. Mira mi corazón, está quebrado, entra Señor siempre por esa grieta y deja que entren mis hermanos. Tú lo sabes todo, tú sabes cuánto te quiero, no te vayas*». Nuestra propia herida es la puerta por la que Jesús entra, por la que otros entran. En nuestra herida se reconoce Él mismo herido. En su herida abierta nos reconocemos y creemos. Como escuchamos en la carta de Pedro: «*Sus heridas os han curado*» 1 Pe 2,25. Y es cierto, su herida abierta le da sentido a nuestra herida, sana nuestra herida. Quisiéramos vivir sin heridas, en la paz absoluta que no existe, en la armonía perfecta inalcanzable, en ese estado en el que el alma ni sufre ni padece. No existe en la tierra, en el camino. Llevamos heridas en los pies llenas de polvo, heridas en el cuerpo de cargar otros cuerpos. Llevamos heridas en el alma que se ha quedado rota a jirones en muchas almas. Heridas provocadas injustamente. Heridas por amores no correspondidos. Heridas por palabras, por gestos, por desprecios. Heridas provocadas por nuestro propio pensamiento que no nos perdona los errores y vive

³ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 110

el día buscando razones para justificar que no somos dignos de ser amados. Jesús toca nuestras heridas. Nos acaricia y deja que toquemos las suyas para tocar Él las nuestras. En nuestra herida entra su mano. Calma el dolor y apacigua el desánimo. En nuestras heridas somos reconocidos por Cristo. En esa herida fea y deforme, en ese olor que emanan nuestras llagas, en ese aspecto desagradable que nos hace huir. Siempre la herida. Queremos taparla para que nadie sepa que existe. Porque nos da miedo que no nos quieran a causa de nuestra herida. Nos asusta el desprecio. Anhelamos un amor incondicional que no nos quiera a pesar de nuestras heridas, sino que ame precisamente nuestras heridas. ¡Qué difícil! Toleramos las heridas, pero, ¿amarlas? Es un paso más, es un salto de fe. Cristo resucitado conserva sus heridas, las ama, ama la misma causa de sus llagas. No es su cuerpo un cuerpo perfecto e inoculado. No ha recuperado la piel tersa y suave antes de los latigazos. Conserva sus heridas. Lo reconocemos en sus heridas. Nuestras heridas son nuestra señal de identidad. Son las huellas del amor en nuestra alma, en nuestra carne. En esas heridas sufridas, padecidas a veces con amargura, en otras ocasiones con esperanza, Cristo nos reconoce. Acaricia el alma herida. La levanta, la besa, la bendice. Y deja que nos encontremos con Él en su costado abierto. Allí, en esa herida profunda de la que brota la vida, quiere que vivamos. Quiere que recobremos las fuerzas en la hendidura de su corazón, como en la grieta de una roca. Porque su corazón está roto. **Quiere que sea nuestra morada ese corazón roto y abierto, ese corazón lleno de amor que nos espera.**

Hoy celebramos el domingo de la misericordia. La mirada de Jesús se detiene sobre nuestra herida, sobre nuestras caídas; es una mirada llena de amor misericordioso. Jesús nos mira conmovido, su corazón está lleno de amor. Decía el Papa Francisco: «*Un poco de misericordia hace que el mundo sea menos frío y más justo. Tenemos necesidad de entender bien esta misericordia de Dios, este Padre misericordioso, que tiene tanta paciencia. ¡Es hermoso, eso de la misericordia! ¡Dios nunca se cansa de perdonarnos! Él nunca se cansa de perdonar, pero nosotros a veces nos cansamos de pedir perdón. ¡No nos cansemos nunca! Él es un Padre amoroso que perdona siempre, que tiene un corazón de misericordia para todos nosotros. También nosotros aprendamos a ser misericordiosos con todos*». La misericordia de Jesús nos conmueve y nos invita a suplicar que nos perdone, que nos perdone siempre en nuestra debilidad, en nuestras caídas. Que vuelva su mirada llena de amor y nos levante. Como una madre hace con su hijo, siempre. ¿Cómo es posible perdonar de esta manera? El corazón no sabe perdonar así. No sabemos perdonar ni pedir perdón. No nos sentimos merecedores del amor de Dios. En el fondo del alma pensamos así: «*En lo más profundo de mí, yo seguía manteniendo la idea irracional de que tenía que merecer el amor de Dios. Pero aún, de que el modo de garantizar el amor de Dios era llevando una vida perfecta*»⁴. La misericordia de Dios es grande, demasiado grande para que podamos comprenderla. Pero nos cerramos a su gracia pensando que no tenemos perdón, que no merecemos su misericordia. Y es cierto, la misericordia nunca se merece. «*El cariño de Dios es incondicional, está por encima de nuestros actos, a Dios no es que le dé lo mismo lo que hagamos pero que, hagamos lo que hagamos, no puede no querernos, ni sentir rechazo, ni siquiera estar molesto. Su cariño por nosotros está a salvo de cualquier eventualidad, incluso de nuestro rechazo*»⁵. Nunca seremos dignos de la elección de Dios, de su amor. Por eso hoy, en el día de la misericordia, al ser mirados por Cristo con todo el amor que podemos imaginar, nos sentimos amados y por eso confiamos en Dios. Y, cuando nos abandonamos en sus brazos y nos sumergimos en el mar de su misericordia, recibimos la paz que hoy entrega el Señor a sus discípulos: «*Paz a vosotros*». Es esa paz que anhelamos y que nos permite vivir confiados como decía el P. Kenterich: «*Mi preocupación más grande debe ser vivir infinitamente despreocupado cada segundo y momento de mi vida. Por lo general estamos inquietos y ansiosos a causa de las interferencias que hay en nuestro espíritu. Suelen atormentarnos preocupaciones relacionadas con nuestro pasado. Pero lo pasado... ¡pisado! Sólo debo preocuparme por vivir despreocupado. No por soberbia, sino porque el Padre es el que empuña el timón de la barca de mi*

⁴ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 108

⁵ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 109

vida»⁶. El amor de Dios, su misericordia, su elección, nos hacen caminar confiados. Nada tememos, porque descansamos en Él. Los discípulos de Emaús, llenos de tristeza, se commueven al sentirse acompañados por el Señor. No comprenden, pero saben que la paz de Dios está entrando en sus almas como un fuego. Creen en la fe de Jesús. Descansan en ese desconocido que logra que arden sus corazones. Tocan el amor de Dios en el camino y, al partir el pan, los ojos se les abren. Comprenden que el amor de Dios supera sus expectativas. Comprenden sin comprender y descansan, tienen una luz nueva en el alma. Ya nada podrá quitarles la paz. Ya nada podrá perturbar su ánimo. Ojalá aprendiéramos a vivir así. Confiados, abandonados en su gracia, alegres, con la paz grabada en el alma.

Cristo nos regala su misericordia para hacernos misericordiosos con el hombre. Decía el Papa Francisco: «*Ésa es la manera como me pide Dios que mire a los demás: con mucha misericordia y como si los estuviera eligiendo para Él; no excluyendo a nadie, porque todos son elegidos para el amor de Dios*»⁷. Nuestra mirada puede ser una mirada llena de misericordia, como la de Cristo. Podemos abrazar desde lo más humano de nuestra vida, desde la herida que nos hace más humildes. Pero sólo podremos amar así cuando hayamos experimentado antes el amor de Dios en nuestra vida. En este día de la misericordia le pedimos al Señor que nos haga testimonios vivos de su misericordia. Comenta Benedicto XVI: «*Vuestro vida cotidiana ha de estar impregnada de la presencia de Jesús, ante cuya mirada estáis llamados a poner también el sufrimiento de los enfermos, la soledad de los ancianos o las dificultades de las personas con discapacidad. Saliendo al encuentro de estas personas, servís a Cristo*». Impregnados de Cristo queremos vivir siempre. Llenos de su fragancia. Así podremos sanar las heridas de tantos que sufren sin comprender. Los podremos acoger en nuestra propia herida, como Cristo, que hace que Tomás introduzca su mano en su costado. Desde nuestra debilidad fortaleceremos a los más débiles. Desde nuestra comprensión abrazaremos a los que no comprenden. Muchas veces miramos juzgando y condenando, nos dejamos llevar por nuestros prejuicios y por nuestros rencores. La mirada de Cristo herido hoy nos commueve. **Nos mira lleno de amor y acepta nuestra falta de fe. Así queremos aprender a mirar.**

María acompañó a Jesús hasta el pie de la cruz. Desde ahí hasta el Cenáculo, en el momento de Pentecostés, es como si perdiéramos su rastro. Pero así como María estuvo presente en cada momento del viacrucis de Cristo, igualmente estará presente en estos cincuenta días de Gloria. Acompañará a sus hijos, a la Iglesia y lo hará de la mano de su Hijo resucitado. Aunque los evangelistas no lo recogen, el encuentro más especial con el resucitado fue el de su Madre. En muchas procesiones asistimos a la representación de ese momento. María, cubierta por un velo negro de tristeza, se despoja de él al encontrarse con su Hijo. María, que nunca dudó, que siempre estuvo llena de esperanza, que confió en la realidad de la promesa, se mantuvo firme al pie de la cruz y firme a la puerta del sepulcro sellado. En el silencio del sábado santo acompañábamos la oración de María. En el corazón de su Padre dejaba su dolor, su pena, ante la muerte de su Hijo. En esa soledad llena de la presencia de Dios aprendemos nosotros a mirar la vida. María esperó, nunca perdió la esperanza. Y seguro que a Ella fue a quien primero se apareció Cristo resucitado. ¿Qué palabras intercambiarían en ese encuentro? Sobrarían las palabras. Difícil expresar tanto amor con torpes palabras. Lo cierto es que María nos enseña a no perder nunca la esperanza. A permanecer fieles ante la tumba sellada. Ella nos sostiene en nuestra soledad, nos abraza, nos mira commovida, sonríe y toca nuestra herida, nos da la paz. Ella sabe lo profundo de nuestro anhelo, conoce nuestras frustraciones y comprende lo hondo que es nuestro dolor. No nos deja nunca solos. Nos alienta a seguir caminando, a no bajar los brazos. Nos anima y nos muestra la luz de Cristo. Esa luz que ilumina nuestra vida. Esa luz de Cristo resucitado. Hoy miramos a María, la mujer llena de sol, la esposa de Cristo vivo. **La miramos a Ella que ha creído y soñamos con creer y confiar de esa manera.**

⁶ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 332

⁷ Sergio Rubín, Francesca Ambrogetti, Jorge Mario Bergoglio, “El Jesuita”, 49